

B IS6

CDAHL. Homofobia y sociedad de Carlos Bonfil. Docs.12

Carlos Bonfil elabora un análisis crítico con respecto a las prácticas homofóbicas en distintos contextos geográficos, históricos, culturales y sociales, tomando como referente principal la situación mexicana.

Clave expediente B IS6

Fondo I

Volumen

Año de publicación 1997

Año final 1997

Sección temática 1997

Serie geográfica 1997

Sección relacionada

Serie relacionada

Observaciones Documento mecanográfico

Fuente

HOMOFOBIA Y SOCIEDAD

Carlos Bonfil

A principios de este siglo se registra en el México porfiriano un caso célebre de homofobia: el arresto y humillación pública de cuarenta y un homosexuales. El 20 de noviembre de 1901, en la calle de La Paz, la policía irrumpe en una casa particular para acabar con un baile de invertidos y detener a varias docenas de catrines lagartijos ataviados, algunos, con ropas de mujer. Los grabados satíricos de José Guadalupe Posada los muestran en parejas, elegantes y bigotones, del brazo de grotescas "damas" que ostentan chongos y vestidos largos. En la calle se les insulta y apedrea; ellos sirven, por un rato, para reactivar el ingenio popular y la inagotable capacidad de escarnio que de inmediato instituye la cifra de cuarenta y uno como una señal infamante, alusiva al número de "raritos" que después de aquella fiesta terminaron exilados en la península de Yucatán, condenados a varios años de trabajos forzados.

México no tiene sin embargo el monopolio de este carácter tristemente pintoresco del odio antihomosexual. En Brasil --país donde un homosexual es brutalmente asesinado cada cuatro días, y donde se suman más de 1200 crímenes de este tipo en sólo una década-- a una persona con una orientación homosexual se le llama "venado", por su supuesta pasividad, por su indefensión, por su porte, por lo que usted quiera. En la lengua popular brasileña existen más de sesenta vocablos para designar al homosexual, y más de veinte para injuriar a la lesbiana, pero venado es uno de los más populares y conlleva una descalificación tan absurda que incluye al homosexual y al propio animal. En un juego de mesa muy popular brasileño, el venado representa la ficha veinticuatro, y por esa simple

razón, y por la asociación de ese animal con el homosexual odiado, ese número se vuelve en Brasil tan impopular como el cuarenta y uno en México. La homofobia sin embargo no es asunto de juego. En abril de 1992, el diario *La Tarde* reporta un caso de salvajismo en el parque zoológico de Salvador de Bahía, donde varios venados son apedreados y ultimados por gente que descarga en ellos su odio hacia los homosexuales. Esto es sólo la escenificación brutal del deseo expresado seis años antes por Iván Leal, un gacetillero de Sao Paulo, quien en una publicación amarillista, estilo *Alarma*, declara sin vacilar un instante: “Me gustaría ver a todos los homosexuales condenados a muerte en un crematorio; lo único que lamentaría es que todavía quedaran por ahí cenizas”.

Estas expresiones de desprecio antihomosexual son por supuesto extremas, pero son mucho más frecuentes de lo que se piensa. En su libro *Los orígenes del totalitarismo*, Hannah Arendt refiere el odio extremo que algunos sectores de la burguesía francesa sentían a finales del siglo pasado por la figura del capitán Dreyfus, el hombre judío que simbolizaba para ellos la traición y la insidia. El prejuicio social demonizaba al personaje, lo convertía en figura expiatoria perfecta. Al antisemitismo poco le importaba que Dreyfus fuera inocente o culpable de fraudes contra la nación, Era judío y era por ello naturalmente culpable de todo lo que el rencor social y los prejuicios podían acumular en contra suya. En una reunión de personas muy conservadoras, un médico llegó a afirmar: “Me gustaría torturarlo”, y una dama allí presente, se apresuró a añadir: “y que además fuera inocente. Así sufriría todavía más”.

La homofobia es el odio que se desentiende de la razón, que no necesita para afirmarse y validar su socarronería, ni de explicaciones teóricas ni de justificaciones morales. No tiene

tras de sí, como el antisemitismo, la condena de la Historia, ni hay mausoleos para sus víctimas, que son numerosas, y que en los campos de concentración nazis portaban un triángulo rosa. La homofobia es el odio irracional a los disidentes sexuales, a los que se alejan del orden sexual impuesto, a quienes eligen ser, o se descubren, diferentes, a los que manchan con su apariencia o conducta los emblemas del machismo, a los adolescentes frágiles, a los niños amanerados, a las niñas que juegan con rifles y soldados, a los jóvenes que detestan el poliéster, a los que se visten de seda, a las locas, a las fuertes y llamativas locas que no saben disimular ni cambiar la voz ni enderezarse a tiempo, a aquellos que Carlos Monsiváis llama “los imposibilitados de fingimiento”. Todo esto es lo que detesta cobardemente el homófobo, como en el caso de algunos aficionados al fútbol en Brasil, hinchas que al ver que su partido ha perdido, ensayan como deporte de la hombría, y como desquite llamativo, golpear travestis en la calle.

En el cálculo pragmático de las sociedades modernas el homosexual es, por excelencia, la figura prescindible —el personaje que nadie solicitó y que nadie necesita. La organización social liberal y humanista lo excluye de sus legislaciones en su calidad de minoría sexual. En base al argumento único, e incuestionable, de la superioridad numérica (la mayoría hace la ley y hace la fuerza), la sociedad determina qué es lo que mejor expresa y define las garantías y derechos de la gente (entiéndase, las mayorías): lo que es normal y natural, lo que es la moral y lo que son las buenas costumbres, lo que es necesario para la armonía civil y moral de los ciudadanos que gozan de leyes e instituciones que los definen, representan y defienden, y que son, a grosso modo, un Estado de derecho, una Iglesia muy presente en la sociedad supuestamente laica; y una institución -la Familia- que protege a la Humanidad del precipicio y del caos. Al margen de este maravilloso edén de oportunidades

se encuentra el paria sexual, el irreductible, aquél que no contento con llevarle la contra a la naturaleza, se la lleva además a la sociedad entera. ¿Quién podrá abogar a favor suyo? ¿Quién reclamará para él garantías y derechos?

En las sociedades autoritarias, en la Alemania nazi, la Italia fascista, la Unión soviética estalinista, la España de Franco, los homosexuales representaban un lastre, el caso mayor de parasitismo social. Las sociedades democráticas le reservan al paria sexual un trato más cortés, le conceden virtudes básicas que lo asimilan al género humano; en pocas palabras, lo toleran, a distancia, en la medida que incluya entre sus virtudes una que en su caso es capital: la discreción, es decir, esa ausencia de visibilidad que es visa temporal al territorio de la normalidad.

En un país como México, donde la retórica nacionalista se confunde en los años veinte y treinta de este siglo con la inmovible hombría revolucionaria, el homosexual aparece como una aberración social. Algo peor que un ser débil en la tormenta revolucionaria: él es un ser frívolo y amanerado, un cómplice natural de la burguesía. Para las artes comprometidas, el homosexual encarna vicios irredimibles: la actitud desdeñosa frente al esfuerzo físico, la superficialidad que apenas oculta un individualismo irresponsable, la falta de compromiso social, la energía vital que languidece y se desgasta en el culto a la pasividad.

La derecha política lo tiene todo muy claro: al homosexual lo condenan las Escrituras sagradas, y éstas siempre tendrán mayor importancia y trascendencia que las Constituciones políticas y las declaraciones de derechos humanos. El homosexual es el réprobo de

Sodoma, el máximo desperdiciador de líquido vital, el mayor desentendido de las tareas de la preservación de la especie, como tal es absolutamente irrecuperable y su influencia es nefasta en los campos de la educación y la cultura. Esta visión tiene su expresión más elocuente en el linchamiento moral que lanzó el Arzobispo primado Norberto Rivera al hablar recientemente de grupos anticristianos, entre los que incluía a “feministas, homosexuales, tercermundistas, neoliberales, pacifistas, liberacionistas representantes de todas las minorías, contestatarios y descontentos de cualquier ralea”.

En el caso de la izquierda, la tradición homófoba no es menos fuerte. Si como hemos visto, los más altos jefes de la Iglesia no pueden contener su histórica profusión de anatemas, algunos representantes de sectores progresistas no logran tampoco liberarse de una vieja tradición de prejuicios y clichés discriminatorios respecto al homosexual, a quien le atribuyen vagamente una sensibilidad exquisita, un elitismo de sociedad secreta o la fraternidad de una secta de conspiradores. Durante los años treinta, los artistas inspirados en la Revolución mexicana miran al transgresor sexual con sorna y recelo. No hay lugar en la nueva cultura proletaria para el intelectual homosexual (o sospechoso de ser tal) que no abraza con fervor las causas populares. A los “maricas” cultos con espíritu cosmopolita, con la mirada puesta más en París o en Nueva York que en el esplendor del Anáhuac, el prejuicio popular los califica de parásitos y volteados. Ellos son los “raritos”, los invertidos, los “de miradas que no son propiamente literarias”, y al respecto es harto elocuente la campaña de linchamiento moral dirigida contra el grupo de los “Contemporáneos”. A este estigma la amplifica esa caja de resonancias que es el rumor público, o el chisme en las salas de redacciones de los diarios capitalinos, o el alud de insinuaciones maliciosas sobre la conducta privada de algunos protagonistas de la vida intelectual. Al homosexual, ya sea

analfabeta o letrado, se le asigna una categoría de ciudadano exquisito, es decir, de extranjero en su propia patria, que ya es (orgullosamente) patria bronca y tierra de machos. El puritanismo nacionalista no escatima sus ataques. Los “paranoicos” (equivalente de las locas) es un cuadro de Antonio Ruiz “El Corso”, que muestra, bajo un anuncio que dice 1941, a Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, Manuel Rodríguez Lozano y Roberto Montenegro, manifestando en contra del pueblo. Ellos son también los llamados “anales” que caricaturiza José Clemente Orozco, o el objeto de la mofa de Diego Rivera en los murales de la Secretaría de Educación Pública.

En los años sesenta –década de la impugnación social y de la revolución sexual- la discriminación contra los homosexuales no pierde vigencia, antes bien gana vigor por vías inesperadas. El triunfo de la Revolución Cubana intensifica la noción de compromiso político y exalta el ideal del hombre nuevo, paradigma de virilidad y arrojo. A la mujer latina se le señala la responsabilidad de ser una gran “reserva revolucionaria”, de parir más hombres rebeldes, más guerrilleros, como lo festejará una canción popular de la década siguiente. Entre el recelo de la izquierda y la condena implacable de los grupos conservadores, el homosexual vive hoy al margen de la vida cívica, considerado, si acaso, ciudadano de segunda clase, con todo número de obligaciones y un número mínimo de derechos. Es el contribuyente al que nada se le retribuye, aquél que jamás podrá exigir el reconocimiento civil de su pareja, el que tendrá nulo poder de negociación en los litigios de sucesión frente a los familiares de su amante, así haya vivido a lado suyo veinte o treinta años, la persona con una existencia jurídica tan precaria que jamás podrá quedar totalmente al abrigo de linchamientos morales y físicos.

El panorama de la tradición homofóbica en México es desolador y así lo señala el escritor Carlos Monsiváis: "En la historia de México a los homosexuales se les ha quemado vivos, se les ha hecho objeto de linchamientos morales sistemáticos, expulsado de sus familias y (con frecuencia) de sus empleos, encarcelado, expulsado de sus lugares de origen, exhibido sin conmiseración alguna, excomulgado, asesinado con saña por el sólo delito de su orientación sexual. El siglo XX, nada más "por ser lo que son y como son", les ha deparado, además del vandalismo judicial, razzias, extorsiones, golpizas, muertes a puñaladas, asesinatos, choteos rituales, trato inmisericorde"(fin de cita).

Una de las técnicas más eficaces del odio contra homosexuales consiste en cerrarles todo espacio de expresión pública, reducirlos por el silencio al anonimato absoluto. Negarles la visibilidad que es inicio de reconocimiento. Las faenas del exorcismo social son múltiples. El homosexual no puede ser otra cosa que lo que el prejuicio colectivo haya decidido que sea: un ser débil, afeminado, sujeto a la frivolidad y a la conducta irresponsable, maniático en todo, pero de manera muy especial en sus prácticas sexuales. Los psiquiatras del mundo entero lo afirman continuamente: en el caso del homosexual, promiscuidad es destino. Y la Iglesia católica acrecienta el prejuicio y alimenta el odio al señalar, por ejemplo, que el sida es un castigo divino dirigido a la raza de Sodoma como flamígera advertencia por sus prácticas contranatura.

Homofobia es también la voluntad de ocultamiento, el negar la realidad homosexual (tan evidente desde el Informe Kinsey) a través de la banalización del tema, o de su reducción al sarcasmo fácil. Y esto se manifiesta en todos los niveles de la vida social, comenzando por el ámbito familiar, donde el homosexual crece odiándose por ser lo que es, por no poder dejar de sentir lo que siente, y por ser tan diferente. Su silencio, su invisibilidad, su

confinamiento en el clóset se le presenta como la condición no negociable de su sobrevivencia social.

El homosexual es también invisible en los episodios de violencia sexual. ¿Quién tomará en serio al homosexual o a la lesbiana asumidos que se declaren víctimas de un hostigamiento sexual? ¿De qué manera se borrará la creencia alimentada por la prensa amarillista y por las declaraciones de funcionarios homófobos, según la cual el homosexual es siempre responsable de todo lo que le sucede, incluso cuando es violado multitudinariamente, incluso cuando es asesinado.

México es , después de Brasil, el segundo país en Latinoamérica con casos de homosexuales asesinados. En tres meses se registran 125 casos de homofobia criminal, aunque tomando en cuenta el subregistro evidente la cifra es mucho mayor; a lo largo de este siglo se cometen en México entre veinte y treinta mil asesinatos de esta naturaleza. Entre los crímenes no solucionados en México (y todos sabemos que son legión), ningún tipo menos investigado, menos digno de atención, que el crimen contra homosexuales. Para buena parte de la prensa y de la opinión pública, en México no existen los crímenes por odio sexual o racial. Luego de una masacre contra indígenas en Chiapas, el hecho monstruoso se presenta en los medios como un enfrentamiento entre comunidades indígenas, por rivalidades u odios ancestrales; de igual manera, el asesinato de un homosexual siempre es resultado de una una venganza entre mujercitos, una trifulca de lilos, o el episodio de un bailarín que asesina a su amiguito luego de encontrarlo en brazos de un mayate. El crimen se vuelve así asunto privado, drama pasional, un episodio que por ser tan sórdido y previsible merece la indiferencia de la justicia; es, en todo caso, el trámite violento que vuelve más expedita la eliminación de la escoria social. El razonamiento del homófobo dice: “Entre ellos mismos no se aguantan y por eso se pelean y asesinan”. “¿Para

que tratar de resolver los casos que de entrada no tienen solución?" Esta indiferencia oficial, cimentada en los argumentos de la Iglesia y de las asociaciones ultraconservadoras de padres de familia, y otros grupúsculos animados por el desprecio, hacen en realidad un trabajo de autoría intelectual en los crímenes de homofobia. Lo que en un momento quiso ser escarmiento, pasó a ser, al decretarse irremediable la conducta del réprobo sexual, una obligación de saneamiento social que incluyó la eliminación física. Mucho antes de que la xenofobia alcanzara las proporciones actuales de virtud nacionalista, ya se discriminaba, aislaba y asesinaba al maricón, ese extranjero sexual incómodo que nos nació en casa. Si en verdad el crimen es siempre repudiable, nunca lo es tanto como cuando es consecuencia final de un linchamiento moral.

Durante largo tiempo los homosexuales han intentado conquistar en México cierta visibilidad social y espacios de expresión pública, particularmente a partir del 2 de octubre de 1978, cuando un contingente gay se unió a una manifestación en memoria a las víctimas de Tlatelolco, y desde hace más de diez años con la celebración anual de una Semana Cultural Gay. Sin embargo, la homofobia tuvo una reactivación importante cuando se señaló que el grupo de riesgo más evidente en el caso de la transmisión del sida eran precisamente los homosexuales. A partir de este momento, el estigma creció y el homosexual pasó a ser casi un apestado, un ser frente a quien la paranoia colectiva imaginaba cordones sanitarios.

Saberse así señalado, saberse en los hechos terriblemente afectado por la pandemia, ya fuera en carne propia, o en la de amantes y amigos, hizo crecer muy rápido en los homosexuales la conciencia comunitaria que habría tardado largos años en contruirse. En Estados Unidos, en Europa, en América Latina, y también en México, mucha gente gay

comenzó a colmar los vacíos que dejaba la indiferencia gubernamental y el desprecio eclesiástico frente al llamado "cáncer rosa", frente a la suerte de los sidosos lilos, y se construyeron redes de solidaridad internacional y de trabajo, se reactivó y dinamizó la labor de muchas ONG's que a su vez se involucraron en tareas de prevención del sida. Frente a la homofobia familiar, institucional, frente al desprecio cultural y religioso, numerosos gays se descubrieron al fin contemporáneos unos de otros e igualmente preocupados por la amenaza que pendía sobre todos. Así se construyó la vanguardia de la lucha contra el sida, que paralelamente, y de manera casi inevitable, era también lucha contra la intolerancia y la homofobia.

Tiempo después, cuando la sociedad descubría que también en México el sida afectaba a todo mundo, y que ningún virus era lo suficientemente inteligente, o lo suficientemente homófobo, para distinguir entre un "pervertido" sexual y quien no lo era, cuando se supo que el virus afectaba a niños, usuarios de drogas, amas de casa y machos jamás calados, surgió entonces otro tipo de homofobia, más insidiosa aún que la que se venía manifestando desde el principio de la epidemia. Fue una homofobia basada ya no en el ataque verbal y la descalificación moral, sino en el silencio y en el ocultamiento de las realidades.

La realidad era entonces, como sigue siéndolo ahora, que la gran mayoría de las personas afectadas por el VIH tenían prácticas homosexuales, y que para estas personas no existían campañas preventivas ni tampoco atención específica, ni mucho menos programas educativos. Si el desprecio homófobo dividía a los enfermos en dos categorías: víctimas inocentes (niños y mujeres) y víctimas culpables (homosexuales, prostitutas, usuarios de drogas y hombres promiscuos), entonces las campañas preventivas y la atención en los medios se ocuparían prioritariamente (cuando no de manera exclusiva) de la única categoría digna de atención. Poco importaba la ineficacia de esta postura frente a la emergencia

sanitaria. Los homófobos razonaban: el pueblo de México no está preparado para ese tipo de mensajes, para esta apología de la conducta homosexual, aunque sí debía estar preparado para ver aumentar el número de casos de sida hasta los más de 35.000 que hoy conocemos. El silencio criminal (que en gran medida todavía persiste) tiene que ver con un manejo tramposo de las cifras y clasificaciones, con la división artificial que se hace entre heterosexuales, bisexuales y homosexuales, declarando que éstos últimos representan un tercio de la población afectada, cuando de manera honesta debería señalarse que existe un grupo minoritario (aunque creciente) de personas con prácticas heterosexuales, y otro definitivamente mayoritario (y además también creciente) de hombres que tienen prácticas sexuales con otros hombres, y a quienes no se les brinda información específica ni mucho menos una atención oportuna. Esto ha sido un tipo de homofobia institucional poco reconocida, pero cuyos efectos han sido hasta hoy deplorables.

Existen signos de que las cosas comienzan a cambiar, y la realización de este Foro es sin duda una de las señales más elocuentes y alentadoras. Existen proyectos oficiales para diseñar campañas específicas de prevención del sida dirigidas a hombres que tienen sexo con otros hombres, de lejos, el grupo más afectado por la pandemia. Hay también contra los grupos ultraconservadores posturas nuevas, también oficiales, de defensa del condón. Y hay sobre todo una actividad incesante de mujeres y hombres, con orientaciones sexuales de su antojo, al margen de las instancias gubernamentales, empeñados en derribar las fortalezas medievales del prejuicio y la homofobia. Hay una familiaridad nueva con este término de homofobia que hará que cada vez sea más difícil mantener la impunidad del odio.

Lo que hoy nos congrega en este lugar no es únicamente el deseo de elaborar una larga lista con los nombres de las víctimas de la homofobia, ni describir las facetas de la cerrazón

mental y del prejuicio de los grupos ultraconservadores, sino algo más concreto: señalar los costos sociales de la homofobia, la forma en que ésta ha contribuido al deterioro del sistema de impartición de justicia al dar cartas de legitimidad a la impunidad y a la discriminación sexual, como en tantos crímenes de homofobia no resueltos, como el del Dr. Francisco Estrada Valle, el de Liborio Cruz, los 24 asesinatos de travestis en Chiapas entre 1991 y 1993, y un número considerable de víctimas anónimas, de las cuales resulta casi imposible levantar un registro exacto debido precisamente a la poca atención que les prestan las autoridades judiciales.

Incluir el señalamiento y análisis de los casos de homofobia en México en una perspectiva de género, como lo hace la compañera Marta Lamas, permite ubicar este fenómeno fuera de los espacios de la nota roja, y darle existencia y sanción jurídicas: señalar la discriminación en centros laborales, escuelas, reclusorios y hospitales contra homosexuales y lesbianas únicamente por su orientación sexual, y mostrar públicamente a la homofobia como un enemigo interior nuestro, el virus de desprecio latente en mucha gente, y que sólo espera una oportunidad para reactivarse. Es imposible, o al menos ilusorio, imaginar un proyecto de democracia ciudadana que no incluya una lucha decidida contra la discriminación sexual. Este foro lleva hoy esta cuestión a debate; es responsabilidad moral suya contribuir a que la no discriminación figure al fin, y de manera permanente, como una de nuestras leyes.

Muchas gracias